



NUM. 3

TOLEDO

Marzo, 1985

Edita: Tertulia Calandrajás - Plaza Buzones, 2

Corpus Christi en Toledo.

*Hora exacta de Dios en la blancura
del nardo y de la rosa, en la mañana;
se adelgaza en sonidos la campana;
es el aire tapiz y colgadura.*

*El incienso se mece en la ospeura
que perfila la calle toledana,
con gozos de clavel en la ventana
y con palio de toldos por la altura.*

*La Custodia se acerca sostenida
por nostalgias de nube o de palmera.
-oro y luz en sus torres verticales,-*

*Y se prostia ante Dios, estremecida,
la piedad y la fe de España entera
bajo el peso de glorias imperiales.*
Clemente Palencia

*(Soneto premiado con la Flor Natural
en los Juegos Florales de 1955)*

Clemente Palencia, Soneto premiado con la Flor Natural en los juegos Florales de 1955



CAUSALIDAD

No es mi intención criticar aquí el diccionario particular de Camilo, sino, el de enriquecer un término, que es el primero de ese diccionario y que da nombre a estos papeles de arte y pensamiento: "Calandrajás".

Este término es bastante oscuro, pero trataré de daros la máxima luz posible sobre él.

Esta cuesta, hoy llamada Vallehermoso y antes calle Matías Moreno, no ha dejado nunca de llamarse por la gente de este barrio Cuesta de las Calandrajás. Del plural la pasamos al singular "Calandraja" y nos queda la forma del término en femenino; para designar a alguien o alguna cosa de forma despreciable o despectivamente, diremos entonces "Calandraja", si buscamos el término correcto, diremos entonces "Calandra".

Calandra viene de "Galander", del idioma provenzal, que al mismo tiempo es derivado del latín "Gradalus" (especie de vaso), y en el español antiguo es "Greal", de la cual obtenemos la palabra original "Grial".

El santo Grial de la caballería, es comparable a la *pedra filosofal* de los alquimistas, a la *pedra negra* de los sufíes y al TAV (Fundación) del Adan Cadmón de los cabalistas judíos. Recordemos aquí, que los filósofos nos enseñan que su "materia prima" se halla en la parte más despreciable de la naturaleza, o como decimos en nuestro argot: la "materia prima" la encontraremos en el vientre del carnero. Tenemos entonces que el término "Grial" nos lleva al término "Calandra", pero si lo decimos despectivamente será "Calandraja". Por esta definición vemos o percibimos que "Cuesta de los Calandrajás" quiere decir en nuestra lengua o "Lengua de los Pájaros": Camino al Santo Grial, démonos cuenta ahora de la ley de la causalidad y preguntémosnos ¿por qué en estos papeles llamados "Calandrajás"

se habla de la Cueva de Hércules que es donde se cree que se encuentra el Grial?

No quiero profundizar más en el tema y dejo que vuestro pensamiento se adentre en el Secreto de los Secretos, ya que el hombre debe evolucionar no sólo con sus obras corporales o intelectuales, sino como síntesis espiritual.

Para terminar este ensayo, os levanto el velo de esta Cuesta de las Calandrajás según su geografía mística, esta cuesta empieza al Noroeste del monasterio de S. Juan de los Reyes, y precisamente en su lado norte hay escrito en sus piedras: "NON NOBIS, DOMINE, NON NOBIS, SED NOMINI TUO DA GLORIAM" (No a nosotros, señor, no a nosotros, sino a tu santo nombre has de glorificar), esta es una de las máximas de la orden del templo, ellos son guardianes del Grial, al ser disuelta la orden en 1312, algunos de sus miembros pasaron a la orden de S. Francisco, que acogieron esta máxima. Al empezar la cuesta, en su lado izquierdo vive el espagirista de la cerámica maestro Aguado, al mismo tiempo estamos cruzando la judería, a su lado derecho empieza la Cuesta de la Cava (Alacaba), que quiere decir (según el árabe) cerro abrupto, este cerro se llama Cerro de la Virgen de Gracia y es una de las doce colinas sagradas de las que se compone Toledo, que es tema para otro ensayo, siguiendo la Cuesta de las Calandrajás, nos lleva directamente a la Plaza de la Cruz, precisamente donde empiezan a inscribirse los nueve triángulos que forman el centro espiritual de la ciudad, según los estudios del Sr. Manchón y su centro corresponde al callejón de S. Ginés, donde se encuentra el plano de las piedras y la Cueva de Hércules, y en su cima más profunda está el Grial, también estuvo allí la Sinagoga Mayor. Termino aquí este pequeño ensayo sobre las Calandrajás y el Grial, dejando el terreno abierto para que el velo de Isis se levante lentamente delante del neófito y use su propio pensamiento hacia la iniciación sin prisas, pues el camino está lleno de espinas. Un iniciado.

E. VEGA.



ESTAMPAS EL GUARDACOCHE

En los alrededores del Puente de San Martín, San Juan de los Reyes, Puerta del Cambrón. Entre los alamillos, la travesía. Frente a una panadería y una garita de aforo, tendría sus primeros contactos con el mundo.

Una familia, de aquellas, las de antes, trabajadora y sufrida, le metió en un colegio donde aprendió a leer, escribir y cuentas. Y, luego, las calles, las plazas, los jardines, Toledo, le enseñó lo demás: el vivir.

(Pepe, cuadro, estampa, típica, toledana, exoterizada al turista. Compíte con los cuadros del Greco, la Sinagoga. Pasarás a la historia, la tradición, de boca en boca, como héroe de leyenda. Un mito del Toledo de los cincuenta, de los sesenta y hasta los ochenta.

Nacistes en años, felices para tí, de pobreza, de miseria, de inocencia, de incultura. Años atrás, de postguerras, racionamientos, represiones.

¡Pepe!, ilusiones desvanecidas. Tu padre, tu madre. Toledo).

Gorra, bastón e impermeable. Se afeita cuando se acuerda. Huye del agua. Se bañaba en el Tajo, en el pilón del hielo. Baño de la Cava, Cristo de la Vega. Aprendió a nadar en la Cava. Se tiró al agua, salió flotando, llegó al peñón. Sabía nadar.

Jugaba en la plazuela, del Cambrón, Paseo de la Ronda, a la guerra, al fútbol, al bote. Con falsas pistolas, pelotas de trapo o un bote oxidado.

(¡Oye, Pepe! Pepe, Mere, Atienza, Iglesias. . . Muchos nombres. Abundantes familias confundidas por el destino. Tragedia de vida. Soledad sin esperanza. Tu mundo, nuestro mundo, no se corresponden.

Participásteis de las ayudas, de los planes americanos, de la leche en polvo. De la falta de colegios).

El es guardacoches. Se le ve sentado en un poyete. Presto se levanta cuando aparca un coche. Abre la puerta, recibe unas monedas. Ha vivido del turismo. Guía de monumentos, guardacoches en los alrededores del Tránsito. Sabe francés e inglés. Cuida lo suyo y lo ajeno. Ajeno vive al mundo que le maltrata. Le gusta un chupito y cerveza. El es guardacoches.

(Tremendos fallos. La sociedad os mete en callejones sin salidas. Pepe serás tu realidad sumergida. Marginado por lo normal, la norma de los que se creen perfectos. Marginado por la vida que te dio vida. Tú eres la perfección de la sangre en la confusión mundana. Conviertes en real tu imaginación. Adormeces el sueño

esperado. Diluyes el objeto cercano.

Canto a tu vida y a la forma de no ser cobarde. Canto a la sabiduría suprema que esperamos que algún día premie tu paso por el caos físico, psíquico, al que la natura te sometió).

Los alrededores del Puente de San Martín, Puerta del Cambrón, San Juan de los Reyes, el Tránsito. Tienes lo mismo que al principio. Algo más, gorra, bastón e impermeable y ese lugar el tuyo, el de guardacoches del Tránsito.

Sánchez-Escobar.

MI DICCIONARIO PARTICULAR

CLAN.— Del celta *clann*. Nombre que en Escocia designa tribu y se aplica a otras formas de agrupaciones humanas, entre ellas las culturales.

COFIA.— Red de seda o hilo que se ajustó al "Diccionario particular" núm. 2 con cintas pasadas por su jarreta, para enmarcarlo y proporcionarle una forma bella, bonita, preciosa, encantadora, primorosa, hermosa, caprichosa.

DENGUE.— (de la onomatopeya *deng*, balanceo). Esclavina de paño o terciopelo negro, que llega hasta la mitad de la espalda o más, se cruza por el pecho y las puntas se sujetan por detrás del talle, tiene como complemento un gorrito del mismo color y género del que penden colas de armiño etrusco en torno a la cabeza, dejando las que caen sobre el rostro dos huecos para ver. Sobre esta prenda las señoras suelen colocarse peineta. Se usa en las grandes solemnidades.

GIMNASIA.— Lo que hace o hará Vd. amigo lector durante la lectura de "Calandrajás". Es sano, saludable y antiartrítico. ¡Que lo pase Vd. bien!

LECTISTERNIO.— Culto que los romanos gentiles y algunos cristianos poco gentiles, tributaban a sus dioses y poltronas en acción de gracias, poniendo dentro del templo o saloón una mesa con manjares y alrededor de ella unos bancos donde colocaban las estatuas de aquellas deidades que ellos suponían invitadas. De donde vino aquello del "convidado de piedra" que hoy también se practica en diversos órdenes de la vida social y cultural.

LAURIFEROS.— Plural, adj. poético. Personas cultas que producen o llevan laurel, corona de triunfo, que luego echan a las judías sin quitar la caspa.

CAMILO.



VIDA Y CUENTO PARA NIÑOS MAYORES

(Para Fernando —Ruiz de la Puerta—, que lo entenderá todo,
y para Max Griesbach, que no sabe español —el pobre—
y no comprenderá nada)

Eran felices.

El repartía todas las mañanas bollos de pan para los bocadillos de los bares. Ella era guapa. Por las noches, después de cenar, estudiaban las costumbres del perejil, valiéndose para ello de una vieja lente de paleógrafo. En alguna ocasión, ciertas palabras, emigradas a la lupa desde viejos cartularios, habían saltado hasta el mundo del perejil y sólo habían podido arrancarlas de allí con la ayuda de un trapito de lienzo blanco y unas pinzas de acero al molibdeno. El caso más grave ocurrió una noche de abril, desapacible y lluviosa, cuando desde la lupa cayeron sobre unos ramúnculos de perejil estas inquietantes palabras: “abenroduán dize que el atríaca rresçivida es en calor natural conbertida”. (¿De qué le sirve, en estas ocasiones, la belleza a una mujer?) No había manera de sacarlas de allí, a pesar del trapito y de las pinzas; necesitaron la ayuda de un profesor americano —de la New Haven University—, que localizó la frase en el *Tratado de las apostemas*, escrito a principios del siglo XV por el maestro Diego de Cobo. Cuando pusieron delante del plantel de perejil una fotocopia del folio 28 v del código de esta obra que se conserva en la Biblioteca Nacional, las palabras saltaron para ocupar su antiguo hueco, y se quedaron allí tan quietecitas. Pero muy envejecidas.

Para descansar de estas emociones, él le pidió al dueño de uno de los bares a los que surtía de panecillos algo para distraerse. El demandado, que era hombre leído, y *master* en Artes por un *college* de Colorado, le recomendó que estudiara a los fenomenólogos. Le prestó incluso —se los regaló, en realidad— los cuatro tomos de las *Investigaciones lógicas* de Husserl, en la edición publicada en 1929 por la Revista de Occidente con traducción de José Gaos y Manuel García Morente. El volvió a su casa aquella tarde sin demasiada ilusión; como por compromiso empezó a leerlos. Y se le cambió nuevamente la vida.

Leyeron vorazmente: él los tomos I y III y ella los pares. Aprenderon incluso el alemán para poder estudiar otras obras de Husserl no traducidas entonces todavía. Fueron unos tiempos maravillosos, en los que su felicidad se acrecentó muchísimo. El dominio del alemán les proporcionaba momentos de diversión inefable: ella le tiraba, soplando, participios de verbos irregulares, y él, trémulo de emoción, excitadísimo, le devolvía genitivos de pronombres personales, que se enredaban en el pelo de ella, un pelo rubio oscuro del que el sol arrancaba destellos rojizos. Mas, extrañamente, el juego, aunque divertido, carecía de erotismo. Y era una lástima porque ella era guapa. Tan guapa que parecía un amanecer de otoño. El la deseaba en sueños, todas las madrugadas, y se acordaba de sus hombros por las mañanas, mientras hacía el reparto del pan.

Pero el perejil se secó. (Algunos hombres especialmente lúcidos dijeron entonces que en esta catástrofe había intervenido decisivamente la envidia, la envidia mediterránea. Yo me acordé de un conocido comentario de Cambó). Las consecuencias de aquella desolación comenzaron a manifestarse en los panecillos: unas pequeñas manchas violáceas salpicaron su piel y les afectó, además, una fiebre intermitente. Los dueños de

los bares se pusieron frenéticos y él, airadamente, fue destituido de su cargo. (Y todo gracias al maldito Husserl, y a quien se lo prestó, y al mil veces maldito Abén Roduán, y al maestro Cobo, y a las malditas apostemas. . .) Y, además, el estudio de la fenomenología, de la lógica en su pureza, le había envenenado el alma —en un proceso inverso al del propio Husserl— con el ansia de aprender matemáticas. Y como estaba despedido, no hubo dueño de bar que quisiera prestarle —ni siquiera regalarle— ningún libro matemático. Por eso, por eso solamente, tuvo que volver a trabajar.

(Con frecuencia, durante estos tiempos amargos, iban a llorar al parque de los Griegos, en el que había un macizo de azaleas en flor. Y una tarde, al llegar el crepúsculo, él dijo: “No deseo la perfección, sino el perfeccionamiento”. Y ella, que era guapa, que no sabía ser otra cosa que guapa, tan guapa que sosegaba el vuelo de los pájaros, ella, estuvo a punto de besarle).

No le fue posible encontrar un empleo tan hermoso como el que había perdido. Se colocó como asesor cultural de un apoderado del Banco de Tarrasa; un trabajo abominable, según dijo. Pero que le permitió ganar algún dinero, el suficiente para comprar los libros que necesitaba. Se pasaba las noches enteras estudiando teoremas y resolviendo complicadas ecuaciones. Particular atención dedicó a la geometría diferencial clásica y a la teoría de funciones de variable compleja. Su alma alcanzó un temple y una precisión analítica exquisita; el mundo —un mundo abstracto y maravilloso— fue apareciendo ante sus ojos lleno de armonía. ¡Qué días, qué gozos! Se dice, que cuando los matemáticos griegos descubrieron el campo de los números reales fue tal su alegría que sacrificaron un buey a los dioses. El lloró de emoción cuando encontró una demostración nueva y muy simple del teorema de Schwarz, y cuando entendió el gran teorema de Weierstrass, y cuando terminó de leer los manuscritos de Evariste Galois, en la hermosa y rara edición publicada en 1908 por Jules Tannery. Mas una ciencia tan venerable y pura como la matemática no está, sin embargo, exenta de peligros. (¿Os acordáis de aquel gran charlatán y patrañero que se llamó Diego de Torres Villarreal y que presumía de explicar en Salamanca las treinta y dos ciencias matemáticas?). Una noche infortunada en que él realizaba el estudio de una superficie, se descuidó un instante cuando estaba metido en el entorno de un *settelpunkt* (los peligrosísimos puntos de silla). Cuando quiso darse cuenta estaba subido en él, realizando equilibrios casi imposibles. Para bajarle de aquel maldito punto tuvieron que utilizar un cambio de variables: él se agarró como pudo a las ramas del cambio y descendió luego, peldaño a peldaño, por los escalones de un desarrollo de Taylor. Cuando llegó al suelo estaba temblando y padecía un ataque de vértigo que le duró varios días.

Desaparecieron. Desaparecieron sin avisar al apoderado. Y sin despedirse tampoco de mí. Un periodista joven logró saber —y así se publicó en diferentes periódicos— que habían enviado los libros, en tres enormes paquetes, a un coleccionista de sellos de Valladolid,



que era, además, suscriptor de *El Norte de Castilla*. Pero son cosas que nunca pudieron comprobarse.

El sabio es recatado, se ha dicho, mientras que el hombre necio pasea ofensivamente su ignorancia. Por eso, no experimenté ninguna sorpresa cuando los encontré en Guimarães, una tarde hermosísima de octubre, cuando yo paseaba la ciudad con mi amigo Edilberto. Un hombre vestido con un *mono* de terciopelo azul vendía versos de Keats en un tenderete colocado a la sombra de un corpulento castaño. Me acerqué y le compré uno. Debió reconocerme enseguida, porque, sin vacilar, me ofreció aquél con el que comienza el soneto IV: "*How many bards gild the lapses of time!*". Le dí sus dos escudos y seguí mi camino.

Cuando se puso el sol fui a verles al valle en el que vivían, un extraño lugar en el que los pinos tenían un resplandor azulado y donde llovía siempre, aunque de una manera muy delicada. Sus ojos reflejaban una tristeza lastimosa, desamparada. A pesar de todo, ella era guapa. Pero algo menos guapa; parecía, en todo caso, un amanecer de invierno. Me pidieron que les dejase en paz, pero yo me apiadé de los mirlos, que anidaban intranquilos en aquellos pinos de color azul, y quise que recobrasen su perdida quietud. Hablé con ella y la convencí; fue suficiente. A través de una niebla efímera se vinieron conmigo a ver a Adrián Mahuda, el anciano estudioso sorprendido por Rembrandt cuando meditaba —mirada tristísima— frente a un ventanal en el que se estrella una luz de fuego y oro. Te-

meroso de visitas impertinentes, el viejo alquimista había colocado trampas en algunos peldaños de la escalera y, para evitarlas, tuvimos que bajar deslizándonos a horcajadas por el arambol. La vieja Milne, que estaba en ese momento atizando el fuego de la chimenea, nos preparó sigilosamente un *mint julep* (¿Cómo se las arreglaría esta mujer para conocer la receta de Giménez Caballero?). El anciano prefirió un vasito de vino de Yepes, del que tomaba con parsimonia pequeños sorbos, chascando la lengua en busca del dejo amargo y sulfuroso.

Adrián, sin alterar las cualidades profundas de su mirada, les aconsejó que doblasen el tiempo —arrugándolo, eso sí, lo menos posible— y que se encontrasen en una fotografía: "sólo así podréis conservar aquello que estáis a punto de perder. Vivid allí tranquilos y felices. Vivid eternos y olvidad el tiempo". Doblar el tiempo y rescatarse en la fotografía: el alquimista les enseñó la manera de lograrlo; bastaba con resolver la ecuación de Srödinger, pronunciando al terminar las palabras "congruo, novus, immer". Así lo hicieron: eligieron una fotografía de Manolo Carrero, y decidieron quedarse a vivir en ella, en aquellos insondables espacios blancos. Y viven allí, ocupados en la ternura y el placer. Ya no tiene sentido decir que son felices: son sabios y, de alguna manera, han alcanzado ya la perfección.

Jesús Cobo
Foto: Carrero

CHOQUE FRONTAL DEL SOL Y LOS SONIDOS

*Después, la nada de la sangre.
Ciego, ciego, ciego.
Hay que decir, también, tres veces ciego,
a ver si alguien nos ve
en vida —tanta—
renovadoramente oscura.*

*Hay que invitar a la palabra luz
a que nos ponga luces
en el agrio motor de los sonidos.
Puede que así nos entre por los ojos
al menos algo tan escondido como la negredad,
y alguna voz que se equivoque y sople blanco,
si ha de quedar en la palabra que nos ve.*

*Pero no me engañéis, sentidos,
porque os estoy viendo.
Y, aunque no lo creáis,
la guerra está a la vuelta de la esquina.*

Y no es de noche.

*Se lo digo a otra luz
—oponiéndome a Juan—
que es la voz que me escucha y que me entiende.*

*Accidente mortal,
choque frontal del sol y los sonidos;
y se encienden las luces
y se apagan las luces,
que ella es la siempre mía, la luz más acostada,
amada de los ojos,
dispuesta a poner música moderna
a esta letra que habla de la muerte
como si fuera única.*

Juan Antonio Villaçañas - 85.



Rembrandt

*No sembré mentiras
y tú lo sabes,
sembré niñez
para mis caudales.*

*En la encrucijada
donde la ciudad
se hace ladrón de risas,
pinta el gris
un marco perfecto;
haciéndose mentira
la forma de su natural
expresión.*

*El semen se verterá
y no nacerán los hijos
se quedarán perdidos
en ilusiones eternas
para no desangrar
penas
a la tristeza.*

Marisa Moreno.

ALONSO BERRUGUETE, ESCULTOR DE CASTILLA

Alonso Berruguete es —estamos en ello todos de acuerdo— el escultor más genial del siglo XVI español, del Siglo de Oro de nuestra cultura, que es el período de nuestra hegemonía en el mundo. Ello comporta que Alonso Berruguete es nuestro mejor imaginero. Aquellos otros artistas de la Escultura que se le puedan comparar, pueden contarse con los dedos de una mano: Gregorio Fernández, Martínez-Montañés, Alonso Cano, Pedro de Mena, Salzillo.

Alonso Berruguete tuvo una completa y compleja formación artística, en Castilla y en Italia donde ya su padre, el gran Pedro Berruguete, había destacado como pintor. Alonso nació probablemente en Paredes de Nava, hacia 1488, aunque su padre, por esos años, trabajaba en Toledo para su Catedral, en frescos que desgraciadamente no se han conservado. Tal vez aquí en Toledo recibió las primeras lecciones artísticas de su niñez. Luego, ya huérfano, marcha a Italia, donde todo el Renacimiento tenía su origen; allí, todos los grandes escultores y pintores le enseñan algo: desde el Donatello a Miguel Ángel, los frescos de Masaccio, los cuadritos delicados de Filippino Lippi, las obras maestras de Leonardo y de Rafael de Urbino.

Cuando regresa de Italia, Alonso Berruguete es ya un artista de una pieza. Pronto entra al servicio del emperador Carlos V como pintor del Rey. Esto ocurre en 1518, cuando tiene alrededor de treinta años. Pero pronto abandona la Casa Real porque sus preferencias van hacia la escultura y a la escultura dedicará los mejores afanes de su alma de artista.

Hoy todos conocemos el estilo inimitable del auténtico Berruguete: imágenes en violentos escorzos, plenas de vida, de estudio desigual, pero talladas con un atrevimiento y una originalidad asombrosos. Sus retablos, eblísimos, con decoración arquitectónica del más puro estilo renacentista, son el marco apropiado para sus santos, fruto de su exaltado temperamento artístico. Su obra cumbre: el retablo de San Benito de Valladolid, realizado en los años de plenitud de su arte, todavía con el empuje de su aún no perdida juventud. A este retablo —joya del Museo de Valladolid— pertenece el San Sebastián, su obra máxima, todo armonía y ex-

presividad, trabajado con rara perfección y envuelto en el tono cálido y luminoso del oro de sus estofados, hechos personalmente por él mismo.

En 1539, ya con medio siglo auestas, viene Berruguete a Toledo para iniciar la sillería alta del coro catedralicio, a medias con Bigamy. Para Toledo trabajará de modo preferente durante los veinte años largos que le quedan de vida, a la sombra del Cardenal Tavera y luego de Siliceo. Para Toledo labra los relieves inigualados de la sillería del coro, en madera de nogal o en alabastro, y corona su obra con el bellísimo grupo de la Transfiguración, cuyo mérito no luce lo suficiente por la dificultosa visión de su emplazamiento.

Alonso Berruguete fue un hombre activísimo: viaja de un lado para otro, pero tiene su principal asiento en Valladolid, con un taller perfectamente organizado, y en consecuencia gana un dineral. Compra tierras y casas, dota espléndidamente a sus dos hijas, y después de haber disfrutado durante muchos años del señorío sobre la aldea de Villatoquite, adquiere por fin el señorío de Ventosa de la Cuesta en dos millones de maravedís. Con esto puede llevar un vida típica del noble caballero de su época.

En los últimos años de su vida trabaja a ritmo lento, debido a su edad, rodeado de discípulos, en el sepulcro

de su protector el Cardenal don Juan de Tavera. En su domicilio del Hospital de Afuera muere Berruguete y un día de septiembre de 1561 (el día exacto lo desconocemos pero fue entre el 13 y el 26; tal vez el 18. Escribe S. Ramón Parro en su *Toledo en la mano*: “Berruguete. . . murió en 18 de julio de 1561”. Se equivocó en el mes, pero tal vez no en el día). Su cadáver fue inhumado en la iglesia de su villa de Ventosa de la Cuesta, a seis leguas de Valladolid.

En Toledo, Alonso de Berruguete hizo un espléndido retablo para el convento de Santa Ursula. Su estructura, originalísima, como suya, es una admirable mezcla de arquitectura, pintura y escultura, todo de su mano, aunque en los cuerpos arquitectónicos contase con la ayuda de discípulos. Contiene dos grandes grupos esculturales: el inferior es una preciosa Sagrada Familia con ángeles, el superior, la escena de la visitación de la Virgen María a su prima santa Isabel. En la parte baja hay dos tablas pintadas: San Juan Bautista y el martirio de San Sebastián. Arriba, en marcos ovalados (tan típicamente suyos), San Cristóbal y San Antonio de Padua. Tiene el retablo ocho metros de alto.

Maravillosa obra, que durante varios años ha estado expuesta en el Museo de Santa Cruz y ahora retorna a su lugar de origen. ¿La podremos ver pronto instalada?

José Gómez-Menor.



LA BIBLIOTECA DEL TÍO MARIANÍN

En la plaza de los Caños, con sabor a patio recién terminado, adornada de rosales, arizónicas de moda y pavimento de piedra artificial, vive el tío Marianín.

Otrora oía desde su comedor el chasquido continuo de los chorros de agua que salían de los cuatro caños dorados convertidos hoy en cuatro ridículas ranas metálicas que ni croan, ni echan agua.

Intuye pasar la gente al otro lado de la persiana, recogido en su mesa camilla con brasero de butano; el tío Marianín ve muy poco.

—Aquí hay algún cable mal porque en cuatro días se me han ido dos bombillas. Coño, siempre vienes cuando hay alguna avería.

—No se preocupe usted ¿a cuánto tiene la luz, a 125 ó a 220?

—Yo no entiendo de esas cosas hijo.

—Me refiero a la fuerza que trae la luz. ¿Dónde tiene usted el contador?

—Detrás de la puerta.

—Pues no se preocupe que ahora lo miro y voy a por una bombilla.

Cuando entré de nuevo, bajaba de la cámara con un cajón lleno de pelusa y polvo, papeles y libros.

—Mira a ver qué hay aquí.

Con suficiente luz por la bombilla nueva, nos sentamos en la única mesa y comenzamos a excavar en el cajón-biblioteca.

—Espera que voy a sacarte unas estampas que tengo, hay una que te va a gustar, es un torero muy flamenco.

Desapareció a paso inseguro por los pasillos de la fría casa.

El cajón nos iba mostrando sus secretos detrás de cada soplido o sacudida del libro o papel de turno. Cuando la niebla se disipaba, entre la mezcolanza de los primeros estratos aparecía de todo un poco; minicuentos, con olor a chocolate añejo creo, editados por Calleja con títulos como: *Paliza de letras, La princesa Camelia, El guapo Canela, El Angel de la guarda, El pastor de los diablos, La mala sombra*, o cromos de la Compañía Colonial de Chocolates, Cafés y Achicorias. “Animales útiles”, la paloma zurita, el dromedario, la cabra. . . Más cuentos de calleja de otro tamaño con títulos sugestivos como *La casa de tocame Roque, Los pitillos del diablo*. Otros con publicidad de época “Sidol-Lodix” patrocinando *Juan el Vaca, El islote maldito* y “Chocolates España, fábrica modelo de chocolates de 1901” financió *¡Maldita vieja!* No falta el cuento del Champú IROSA *La fortuna de la ciegucecita*, que termina con “el maravilloso polvo champú que lava la cabeza, hermosea y conserva el cabello evitando su caída”.

Todos ellos fechados a principios de siglo. Cuentos que leían nuestros abuelos y contaban a sus hijos, que ya con la televisión dejan a esa caja tonta la misión de entretener y embobecer al personal.

Sigue el cajón deparándonos sorpresas: una gramática impresa en Toledo en 1886 por “Menor Hermanos” parientes por cierto del tío Marianín que me cuenta algunas aventuras personales con sus parientes, los célebres impresores descendientes de Hontanar, cosa que muchos ignoran.

“Breves nociones de urbanidad para las niñas” declarada libro de texto e impreso en 1893, obrita incompleta y encantadora en estos tiempos en que

la urbanidad pocos saben lo que significa.

Cartillas de primeras letras, libritos religiosos que abundan en la “biblioteca”, por algo mi anfitrión era sobrino de un buen cura algo poeta. Un catecismo del P. Jerónimo Ripalda impreso en 1826, también incompleto, otro libro desgajado con letra del s. XVIII prolongado por el obispo de Lérida “Ritus celebrandi Missam”, uno más curiosísimo sobre el Purgatorio y los gritos de las almas a sus parientes en la tierra, divulgado sin duda entre los miembros de la antigua Hermandad de las Animas Benditas. Un viejo libro de fábulas con pequeños grabados de xilografía que ilustran las cortas narraciones moralizantes de “Isopo”, Aniano, Remigio, etc. “De la raposa y el cabrón”, “Del camello y Júpiter”, “Del lobo y el asno”. . . Sigue la bibliografía de pequeñas publicaciones como el “Arte de enriquecerse” con censura eclesiástica cuya moraleja final “Sólo el trabajo enriquece”, nos da la clave del libro, y en contraportada un niño saliendo de un cascarón que tiene grabado el guarismo veinte en números romanos, clara alusión al siglo que comenzaba cuando se imprimió el folleto. Un “Catón metódico de los niños” que termina con la máxima: “Sé obediente hoy, para que mañana te obedezcan” y cómo faltar en esta “biblioteca” el antecesor de los fascículos actuales, la novela por entregas, con regalos para los suscritores de la Editorial Castro, representado por un ejemplar del primer cuaderno “Candelas, y los bendidos de Madrid”.

Cuando terminamos el examen y la clasificación, el tío Marianín mostró cara de contratiempo ya que en mi cantar de títulos no apareció el cuento de su predilección.

—Se lo habré dejado a alguien.

—No se preocupe.

—Bueno hijo coge lo que quieras que esto va al carro y las estampas llamo a las muchachas del barrio y regalo una a cada una. Toma esta para ti.

—Muchas gracias.

Era la patrona del lugar, la de antes de la guerra, que había estado conviviendo con el torero flamenco que resultó ser Rafael el Gallo y recordatorios de primera comunión de varias generaciones.

En el comedor quedó el tío Marianín con su radio azul sobre la mesa. Al lado una cama de barrotes cubierta con una colcha raída de color fusia. Terminamos la conversación.

El tío Marianín tenía 93 años y decía que no quedaba ningún quinto suyo, el último había muerto hacía cuatro años.

Desde la puerta, ajustándose las gafas y la gorra, me dirigió un ¡anda con Dios!

Hacía frío y las ranas de metal sustitutas de los caños parecían empujar el granito con las ancas para refugiarse en él. Nadie las mira, son un adorno feo de una fuente que tuvo su encanto, donde bebíamos “a morro” los muchachos subidos sobre el pilarcillo ochavado y jugábamos con el agua que bajaba por un canal de piedra al abrevadero que ya no existe. Era un símbolo demasiado rural delante del casino. ¡Cosas de la estética municipal-pachanguera!

V. Leblic.





VIVA LA PEPA.

GUERRERO
MALAGÓN

17-81.